

# LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

## LA FIN DEL MUNDO.

Señor, señor; gritó la muchacha entrando trémula en mi habitación; ¿sabeis lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?

—Que hoy no sale el sol.

—Valiente noticia; estará nublado, dije, disponiéndome á reanudar el sueño.

—¡Quiá! no señor, si es que no sale porque se ha quedado dentro: Es decir, que no se hace de día.

—¡Cáscaras! exclamé saltando de la cama. Tú estas loca, y me lancé á la calle.

El espectáculo era alarmante. Habian dado las nueve de la mañana y reinaba una oscuridad completa. Algunas pálidas estrellas brillaban lánguidamente en el firmamento como si lanzasen penosamente sus últimos fulgores. El lado de la aurora estaba oscuro y en vez de amanecer, las tinieblas aumentaban por momentos.

—¿Qué es esto Señor? exclamé angustiado.

—¿Qué es esto? se oía repetir por todas partes entre lamentos y exclamaciones á las gentes que corrían de un lado para otro.

—Se acabó el mundo gritaba uno.

—Es un eclipse decía otro.

—Qué eclipse ni que caracoles, ¿no oye V. la trompeta del juicio? dijo un señor gangoso.

—No es la del juicio que es la del ayuntamiento que publica un bando, saltó una vieja.

—Oigamos el bando gritaron todos lanzándose atropelladamente hacia la plaza inmediata, alumbrada por lanternas, hachas y farolillos.

Entre la confusion dominó la voz chillona del pregonero que decía:

El Excmo. Sr. ministro de la Gobernacion en telegrama que acabo de recibir me dice lo siguiente:

—Estando fijadas las cinco de la mañana como hora oficial para la salida del sol en todo el territorio de la península, y habiendo dado las ocho sin que este astro haya salido, pongo el hecho en conocimiento de V. S. á fin de que con la mayor prudencia lo trasmita al público procurando no se altere el orden y haciendo saber que el Gobierno de S. M. ha tomado las medidas necesarias para...

Al llegar aquí no pude oír más porque se ahogó la voz del pregonero entre una tempestad de silvidos.

—Vaya una noticia que nos dá el ministro, decía un vejete.

—Pero ya oye V. que se van á tomar medidas, le replicaba un tercero.

—Medidas ¿para qué? saltó una mujer del pueblo. ¿Para hacerle al sol algun gorro de abrigo á ver si quiere sacar la cabeza?

En aquel momento vino á aumentar la confusion un nuevo suceso. Brilló repentinamente en los cielos un resplandor siniestro y extendiose de pronto desde oriente á occidente una inmensa faja rojiza en que podian leerse perfectamente estas apocalípticas palabras escritas con negros caracteres.

### Se aproxima el fin del mundo.

Desde aquel instante el aspecto de las gentes cambió por completo. Los sollozos sucedieron á los gritos y las oraciones á las chanzas.

Quien se lanzaba en busca de sus hijos; quien en busca de sus padres; de su esposo, de sus hermanos.

En cuanto á mí me ocurrió lo que era natural, dirigíme al templo para arregiar mi pasaporte, pero cuando llegué era tarde.

La oleada de los penitentes llegaba en algunas iglesias hasta en medio de las plazas.

Comprendí que era imposible realizar mi cristiano propósito y me dirigí á mi casa. Aun no habia llegado, llaman á la puerta, abro y se precipita en mis brazos uno de mis más furibundos enemigos

—D. Luis, exclamé, ¿V. por aquí?

—Si señor, á pedir á V. perdon de mis ofensas.

Al oír aquello las lágrimas asomaron á mis ojos. ¡Oh muerte! exclamé, qué poderosa es tu influencia.

No acabé mi reflexion porque en aquel momento volvió á oírse la puerta.

D. Nicomedes Agarra, el primer usurero de la nacion de quien yo era víctima hacia bastante tiempo, me traia en un saquito sus rapiñas de cuatro años, suplicándome las admitiese y disfrutase por largo tiempo.

—Eso quisiéramos V. y yo; tiempo largo. Pero V. bien largo lo ha tenido. Es V. viejo; la muerte para V. no es ninguna novedad.

—¡Qué quiere V.! no habia pensado en ello.

¡Oh! muerte iba yo á repetir en tono declamatorio cuando la chica me quitó la palabra de la boca anunciándome otra visita.

Era el vecino de la derecha de mi casa, hombre cócora y testarudo que me acababa de entablar un pleito civil y dos querellas porque mi criada habia sacudido una escoba en la pared madianera de nuestras galerías.

—Vengo á manifestar á V. me dijo, que puede la mu-

chacha sacudir en adelante y sin ningun peligro la...

—A V. si que le sacudiría yo, iba á contestarle cargado, pero me acordé del cartelon rojo y me aguanté como un zorro, admirándome allá para mis adentros del poder que tiene la idea de la muerte para poner en paz á la humanidad.

—El molinero, gritó entonces la muchacha.

—Que pase.

—No puede porque viene cargado de harina. Dice que es la que se le ha ido pegando á la piedra en el mes que nos ha molido.

—Pues hija mia, bien nos ha molido.

—Tambien está aquí el sastre, queriendo hablar con V.

—¿Trae retales?

—No señor. Trae al comerciante de paños para rectificar todas las cuentas hechas, desde que le visten á V.

—Querrán decir desde que me desnudan.

¡Oh!.... idea de la muerte!...

—Señorito, dese V. prisa que tambien espera el tendero de la esquina para entregar una harina en vez de una arena que dice dió esta mañana por equivocacion.

—Pues no se equivoca en poco ese tendero.

—Es que dice que como de harina á arena no ván más que dos letras.

—Jesús, y qué bárbaro!.... Quiero decir que hombre tan.... vamos tan sencillo.

¡Muerte... muerte y lo que puedes!

—Tambien quiere entrar D. Lino el boticario que ha equivocado la medicina de V.

—Caracoles.... equivocacion de boticario! Si me habré dado un veneno.

—No señor como los venenos son caros, dice que en eso nunca se equivoca. Pero.... señorito veo que no se despacha usted, y lo siento porque tambien tenía que arreglar con V. unas cuentecitas erradas.

—¡Tu quoque Brutus!

—Si señor llámeme V. *coque* y *bruto* y todo lo que V. quiera. Pero ha sido solo un mal pensamiento que me ha dado cada mañana que iba á la plaza.

—¡Hija!... si estás yendo diez años. Pues ahí es nada el número de pensamientos.

—Perdone V. señor, yo se los daré á V. todos.

—¿Los malos pensamientos?

—No; los cuartos de las sisas.

¡Bendito sea Dios! exclamé aturdido como anda el mundo. Qué falta hace de cuando en cuando un juicio final. Pero... que tonterías estoy yo diciendo y además sabiendo todos que nos hemos de morir y pronto ¿cómo no pensamos siempre de este modo? ¡Oh! somos unos necios. Pero calle que yo tambien tengo que arreglar cuentas. Iré á ver si puedo hacerlo en alguna Iglesia.

Con esta idea me dirigí á la más próxima, pero me fué imposible penetrar. La gente en vez de disminuir había aumentado. El cartelon rojizo brillando amenazador en lo alto de los cielos, hacía crecer por momentos el número de los penitentes que hasta entonces habian despreciado el mismo aviso escrito en su corazon.

Entre los tales penitentes se oian diálogos muy curiosos.

—Te aseguro Bárbara mia, decía un marido con la cara más compungida del mundo, te aseguro, que si te abandoné un poco tiempo fué por que...

—¡Poco tiempo! grandísimo tunante, aun te parecen poco

los doce años que has estado sin verme.

—Pero ya ves como me he acordado de tí.

—Tu no te acuerdas de Santa Bárbara más que cuando truena.

—No digas eso Barbarica, pues sabes que por los truenos tuvimos que separarnos.

—Hijos; gritaba un solteron viejo y avaro dirigiéndose á un grupo de obreros; la muerte se acerca; no más afanes; tomad estos talegos que pesan sobre mi conciencia.

—Gracias y que aprovechen. Siendo V. viejo ¿cómo no pensaba lo mismo ayer?

La contestacion era atinadísima.

Más allá ví gesticular á un caballero con gafas. Era un periodista.

—La mitad de las doctrinas que os he enseñado desde las columnas de mi diario son falsas. Sirva esta declaracion en descargo de mi culpa.

—Á buena hora, mangas verdes, contestó un viejo de cara patibularia, ¿Quién me indemniza á mí los diez años de presidio que he sufrido por creerlas.

—Dios, y solo Dios contestó una voz severa, Dios que en la persona de su hijo está satisfaciendo eternamente todas las deudas que los hombres han contraido con sus iniquidades.

Quien así habló fué un sacerdote de enérgico aspecto que atravesando el inmenso gentío se dirigia á un púlpito colocado en medio de la plaza.

Estultísimos fieles, dijo, así que ganó la tribuna, no me esplico vuestros arrebatos ni comprendo vuestra conducta. Conforme que el aviso puesto en los cielos por la mano del Todo poderoso os haya hecho su efecto, porque á mí tambien me lo ha hecho; pero acaso antes de que apareciese ¿podíais dudar de que el mundo tenía fin?

Antes como ahora ¿podía estar seguro el viejo ni el joven de que su vida durara un dia más?

Pues si no lo estaba ¿por qué pensar y obrar de tan distinta manera de como hoy pensais y obrais? En verdad hijos míos que la humanidad parece estar loca. No en vano el sol se ha cansado de vivificarla con sus rayos y alumbrarla con su luz. Hora era ya de acabar con tanta sin razon. Y en efecto ved como se acaba.

Todos levantamos la cabeza y quedamos horrorizados.

Una nube plomiza y siniestra avanzaba sobre nuestras cabezas, y un frio glacial paralizaba nuestros miembros.

De pronto se oyó un grito de angustia.

Acababa de brillar un relámpago infernal, imposible de describir. Iba á estallar un trueno horrisono, quizá el último trueno; el trueno gordo del universo.

El pánico se apoderó de todo el mundo y cada cual trató de esconderse como pudo.

Yo hice lo mismo y metí la cabeza no sé donde, pero en el instante oí un gran estrépito y....

¡Dios mio!! exclamé con todos mis pulmones.

—¿Qué pasa señorito? gritó la criada precipitándose en mi habitacion. ¿Cómo diantres ha caido V. de la cama?

En efecto todo había sido un sueño del que acababa de despertar.

Pero ¡en qué triste estado!

La cabeza metida en el cajon de noche y el quinqué con otras cosas peores encima de las espaldas.

Repúseme al momento; vestíme á la ligera y aunque era muy temprano, me heché á la calle para acabar de sacudir la pesadilla.

Y en efecto la pesadilla desapareció.

Pero no desapareció la idea que la sirvió de tema.

¿Cómo es posible, pensaba yo, que vivamos tan tranquilos y con las cuentas tan embrolladas, siendo así que si el mundo no parece acabarse por ahora en cambio nosotros podemos acabar nosotros de un momento á otro?

Tanta impresion llegó á hacer en mí esta idea que aquella misma mañana di comienzo á una liquidacion general de todas mis cuentas y desde aquel día mi vida cambió radicalmente.

—Tú estás *chiflado* me decía un amigo que supo lo del sueño.

—¿Chiflado, eh? Pues sabes lo que te digo, que ojalá todos los hombres se chiflaran de la misma manera.

—¿Por qué?

—Porque entonces ni mentirían los periodistas, ni robarían los comerciantes, ni se equivocarían los boticarios, ni embrollarían los abogados, ni los usureros se tragarian á la humanidad. De donde yo deduzco una cosa muy importante y es que los verdaderos chiflados son los que no se chiflan nunca.

Es decir; los que jamás piensan en la muerte.

## VARIEDADES.

### APARICION

#### DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL PILAR DE ZARAGOZA.

En el día 12 del presente mes de Octubre ha celebrado la Iglesia la fiesta de este hecho histórico que tanto ennoblece á la católica España. Con este motivo tenemos el gusto de copiar á continuación la historia del suceso tal como se halla escrita en un antiquísimo códice de vitela que se cree ser del siglo XIII y que se conserva entre otras preciosidades en el archivo de la Santa Iglesia de Zaragoza. De él se ha traducido fielmente la parte que nos interesa que dice así:

«Después de la pasión y resurrección de nuestro Salvador Jesucristo, y de su gloriosa ascension á los cielos, quedó la piadosísima Virgen María encomendada al glorioso San Juan Evangelista; y aumentándose en tierra de Judea el número de los discípulos, á causa de la predicación y milagros que obraban los Apóstoles, se indignaren algunos pérfidos judíos, moviendo contra la Iglesia de Cristo nuestro bien una muy cruel persecucion, apedreando á San Esteban y dando horrible muerte á diversos confesores de la fé cristiana. Por esta razón dijeron los Apóstoles: «A vosotros, antes que á nadie, tocaba de derecho el que se os predicara la palabra de Dios; mas puesto que la habeis conculcado y juzgado indignos de alcanzar la vida eterna, sabed que os entregamos á vuestra dureza, y nos vamos en busca de los gentiles.» Entonces se diseminaron por el orbe entero, según el precepto que habian recibido de Nuestro Señor Jesucristo, y predicaron el Evangelio á toda criatura, cada cual en el país que le cupiera en suerte. Antes de salir de tierra de Judea se asociaba cada Apóstol unos cuantos discípulos, y pasaban á tomar juntos la bendición de la gloriosa Virgen María. Por revelación del Espíritu Santo le mandó Nuestro Señor al bienaventurado apóstol Santiago el Mayor, hermano de San Juan Evangelista, hijo del Zebedeo, que se trasladase á España para hacer su predicación. Al punto fué á besar las manos á la Reina de cielos y tierra, y con abundantes lágrimas solicitó su bendición, la que fué acompañada de estas palabras: *Vé, hijo mío; cumple el precepto de tu Maestro, y á nombre de Él te ruego que en aquella ciudad en que mayor número de individuos convirtas á la fé, edifiques una Iglesia en memoria mia, cómo y cuándo Yo misma te lo dé á entender.*

«Partió luego de Jerusalem el bienaventurado Santiago, y llegando á Asturias, fué á predicar á la ciudad de Oviedo, donde sólo convirtió á un infiel; y entrando en Galicia, y habiendo predicado en la villa de Padron, pasando después á la region llamada Castilla, que es España la Mayor, y últimamente á España la Menor,

que llaman Aragon, en la region conocida con el nombre de Celtiberia, bañada por el Ebro, y á cuyas márgenes se asienta la ciudad de Zaragoza, consiguió convertir á la fé, por medio de su predicación, á ocho personas, con las cuales, departiendo frecuentemente acerca del reino de Dios, se salía de noche á orillas del río, donde alternaban el descanso con la oración, en un paraje que servía de vertedero á la paja y basura, buscando aquel sitio, tanto por amor de la quietud y soledad, cuanto por huir las molestias y persecuciones de los gentiles.

«Sucedió, pues, al cabo de algun tiempo de observar este método de vida, que una noche, hallándose ésta en la mitad de su carrera, y rendidos ellos á impulsos de la contemplación y la oración, oyó el bienaventurado Santiago unas voces de ángeles, que melodiosamente cantaban *Ave Maria, gratia plena*, como si entonasen el invitatorio de los maitines de la Virgen; el cual, postrándose de rodillas inmediatamente, vió á la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que estaba entre dos coros de multitud de ángeles, sobre un pilar de piedra mármol, en el que, con suaves acentos, dió fin la milicia angélica á los Maitines de Nuestra Señora con el verso *Benedicamus Domino*. Acto continuo llamó á sí con voz muy tierna la bienaventurada Virgen María al apóstol Santiago, y le dijo: «Este es, hijo Diego, el lugar señalado y diputado á mi honra, en el cual, por industria tuya, será construída una Iglesia á mi memoria. Repara en este pilar que me sirve de pedestal, y que mi hijo y Maestro tuyo te envía de lo alto por mano de ángeles; junto á él levantarás el altar de la capilla, y en este lugar, por mis ruegos é intercesión, obrará prodigios la virtud del Altísimo; con especialidad en aquellas personas que en sus necesidades invocaren mi auxilio; el pilar subsistirá en este sitio hasta la consumación de los siglos, y nunca faltará en esta ciudad quien venere el nombre de Jesucristo.»

«Alegróse imponderablemente el apóstol Santiago, y dando por tanto favor innumerables gracias á Nuestro Señor Jesucristo y á su bendita Madre, tomó el vuelo aquella cohorte celestial, llevándose á su reina y señora para volver á dejarla en su retiro de Jerusalem. Vivió después de este suceso en carne mortal (según la opinión más probable) once años. Este es el escuadrón de aquellos millares de ángeles que Dios Nuestro Señor envió á la Virgen María en la hora que concibió á Nuestro Señor Jesucristo, para que la asistiesen y en todas sus peregrinaciones la acompañasen, y guardasen sin lesión alguna al niño Jesus. Y el bienaventurado apóstol Santiago, de tan gran visión y consuelo en extremo gozoso, comenzó luego á edificar allí mismo la Iglesia, con ayuda de los mencionados discípulos á quienes convirtiera á la fé de Cristo. Tiene la sobre dicha capilla ocho pasos, poco más ó menos, de ancho y diez y seis de largo, en la cual está el santo *Pilar*, á la parte alta hácia el Ebro, con el altar.

«Para el servicio de esta Iglesia ordenó Santiago de presbítero á aquel sujeto, de entre los que habia convertido, que le pareció ser más idóneo; y consagrado que hubo dicha capilla y dejado en la paz del Señor á los referidos discípulos, volvióse á Judea predicando la divina palabra. Pusó á esta Iglesia por título *SANTA MARIA DEL PILAR*. Esta es, ciertamente, la primera Iglesia del mundo, dedicada por las manos apostólicas de Santiago y consagrada al culto de Nuestra Señora; ésta es la cámara angélica fabricada en los principios de la Iglesia cristiana; éste, el palacio santísimo frecuentemente visitado por la Virgen María, en el que, algunas veces se ha visto á la Madre de Dios cantar maitines, acompañada por los coros angélicos. Por último, en esta capilla reciben los devotos de la sacratísima Señora muchos beneficios, merced á su intercesión, y se operan continuamente diversos é insignes milagros por Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.»

#### SALOMÓN Y NATHAN.

«Nathan; el sábio maestro de Salomon, deploraba los extravíos de su discípulo y su alma estaba llena de dolor porque Salomon amaba el vino con exceso y reuniéndose con jóvenes corrompidos se embriagaba con ellos y sus labios proferían palabras sin sentido. Esto era lo que más apesadumbraba á Nathan, porque conocia las nobles disposiciones de Salomon y sabia que más adelante debia estar á la cabeza del pueblo.

Salomon, á pesar de todo, olvidaba los preceptos del profeta y pasaba los días y las noches en el aturdimiento y en la disipación.

Una mañana, un hombre vino y le dijo: Cuando pasaba por de-

lante de la viña del Rey mi señor, he visto á un niño que arrancaba violentamente las cepas de sus apayos, destrozaba las hojas, arrancaba por tierra los sarmientos y pisoteaba por el polvo los racimos.

Al oír esto Salomon, furioso cogió su espada y corrió hácia la viña gritando: Con su sangre pagará ese temerario, el daño que hace al destruir el más precioso de los frutos.

En este momento Nathan se presentó delante de él y le preguntó: ¿Contra quien vas de ese modo, con la espada en la mano?

Salomon contó al sabio lo que le acababan de referir y Nathan le replicó: ¿Y es por esto por lo que estás tan furioso, que tu mirada parece la de un leoncillo?

¿Cómo, exclamó Salomon, no debo castigar al que echa á perder el don más bello de la naturaleza y pisotea el fruto preparado por el cielo, para dar la alegría á los hombres?

Entonces Nathan le dijo con emoción. ¡Ah, Salomon! vuelve tu espada á la vaina, porque yo soy el que te he enviado aquel mensajero. La viña no ha sufrido ningun daño; pero el pueblo vé en Salomon una cepa en flor y espera de él prosperidades y bendiciones: y Salomon destruye en sí mismo lo que Dios le ha dado de más hermoso y corrompe la sabiduría de su corazón con la intemperancia: ¿Quieres permanecer más tiempo como un hombre que duerme en medio de la mar y en lo alto del mástil de un navío?

Así habló el profeta y Salomon entró en sí mismo y siempre que veía brillar el vino en el cristal, pensaba en la cepa arrastrada indignamente por el polvo. Abandonó su antiguo modo de vivir y el Señor le concedió la inteligencia y la sabiduría.

Pensemos que con nuestros vicios destruimos todas nuestras fuerzas, privamos al mundo de nuestros frutos, hacemos estériles cuantos dones nos concedió Dios y vanas cuantas esperanzas pudieran concebir de nosotros la sociedad y la familia.

Si pensamos esto tal vez arrojemos muchas veces la copa del placer para someternos alegres al fecundo yugo del trabajo.

#### RECETA PARA CONFUNDIR INCRÉDULOS Y ATEOS

En el palacio de la princesa de Lorena se reunía con frecuencia una tertulia, compuesta generalmente de las personas más distinguidas por su ilustración, virtudes y alta posición.

Un día fué introducido á esta sociedad el célebre M. D' Alembert, gran amigo y colaborador de Voltaire, que tenía sus mismas doctrinas y que deseaba propagarlas entre personas tan distinguidas.

A las pocas reuniones, M. D' Alembert se vanaglorió públicamente de sus opiniones religiosas, diciendo:

—Yo soy el único en este palacio que no cree ni adora á Dios. Justamente ofendida la princesa de Lorena con una imprudencia tan desvergonzada, le replicó al instante:

—No, señor, no es usted el único en este palacio que no cree ni adora á Dios.

—Y ¿quiénes son, señora, y dónde están?

—Son todos los caballos y perros que están en las caballerizas y patios de la casa.

—¿Conque así me igualais con los irracionales?

—No, señor; porque aunque ellos tengan igual desgracia de no conocer ni adorar al Sér Supremo, no tienen, en cambio la imprudencia de vanagloriarse de ello.

Para la princesa de Lorena los ateos eran peores que los caballos.

Tenía razón.

#### CONTRA UN PADRE NO HAY RAZON

Antiguo proverbio cuya exactitud no discutiremos, pero que indica tiempos más felices que los presentes, en que la autoridad paterna era más respetada, muy general la piedad filial, y más difíciles de romperse los dulces afectos de la familia. Así era cosa estupenda y poco frecuente que se comitiese un parricidio, crimen para el que Solon, al dictar leyes á su pueblo, no le impuso castigo, pues le suponía imposible. Hoy suceden con frecuencia, y como más reciente recordamos el que en Villafamés segun los periódicos, cometió Patricio Capdeville para robar á su padre.

Este desgraciado acaba de morir en el hospital de Castellon, y es probable que la reprobación universal que mereció su atentado, los remordimientos de su conciencia, la memoria continua de la horrible agonía de su padre, que fijaría por última vez en su hijo una indefinible mirada de horror y de reproche á su crueldad, habrán acertado los días de su vida; que no es fácil ahogar el grito de

la conciencia, testigo, fiscal y juez, la cual tanto atormenta, que hubo criminal que se presentó espontáneamente al Juzgado y declaró su delito, porque prefirió la muerte á oír siempre dentro de sí mismo sus justas y penosas recriminaciones.

Si al buen hijo promete Dios vida larga y feliz, lo contrario debe suceder al hijo ingrato y perverso. Castigos providenciales, hechos inauditos ocurren algunas vez que confirman esta triste verdad. Segun personas dignas de crédito, murió hace pocos años en un pueblo de la isla de Cuba un negro esclavo que habia osado algunas veces maltratar á su madre. Diósele sepultura, y poco tiempo despues apareció su mano derecha rígida y crispada sobre la tierra. Dos veces se la volvió á enterrar, y siempre ocurrió lo mismo, hasta que concurrió su madre, y ante el numeroso concurso de gente, deshecha en lágrimas, le perdonó su pecado. Sólo entonces pudo verificarse su inhumación. Aunque las leyes físico-químicas que tanto se invocan no expliquen este fenómeno, y por consiguiente, la ciencia nada resuelva, no nos repugna admitir su realidad, porque es muy posible la intervención divina en todo lo que se refiere á confirmar y robustecer la autoridad paternal; y si las cigüeñas cuidan en la vejez á sus padres, y como que reprenden así á su modo á los hijos ingratos, no deben extrañarnos estos casos extraordinarios, que pueden ser útiles enseñanzas para lo porvenir.

(Semana Católica.)

#### FÁBULA.

#### EL INCENDIO.

Volvió un labriego sus ojos  
Al ver, con desprecio sumo,  
Que en su campo echaban humo  
Unas matas de rastrojos.

Tornó á mirar y vió luego  
Que ya las llamas se agitan;  
Y oye gentes que le gritan:  
«Alerta, vecino! fuego!»

Mas ni por esas se avispá;  
Antes bien dice el pazguato:  
«No hay temor! con un zapato  
Apagare yo esa chispa.»

«Corriente! pues ya la hoguera  
El arbolado te abrasa:  
Las llamas cercan tu casa...  
¡Ay triste! lo que te espera!»

Y entonces los ayes son,  
Cuando ya no alcanza medio  
Ni le queda otro remedio  
Que morir hecho carbon,

No en balde entre la descarga  
Que forma el chisporroteo,  
Se escucha este clamoreo  
de una voz, que el humo embarga:

«Mortales! abrid el ojo:  
Cortad el mal en su origen:  
Furiosas llamas me afligen  
Por no apagar un rastrojo!»

Lo mismo digo, oh Cristiano!  
Trabaja sin perder ripio;  
Que vencer, en su principio,  
La tentacion es muy llano.

Y si vas, con vilipendio,  
Contemplándola en su curso,  
No te queda otro recurso  
Que morir en el incendio.

(Fábulas ascéticas.)

Dirección y Administración, Bellot, 3, Orihuela.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.